Parábola del sembrador

Meditación sobre Lc 8,4-8

Cuando ya se acerca el final de la etapa en Galilea, cuando ya falta poco para que se cumplan los días de la partida de Jesús hacia Jerusalén al encuentro con la Cruz, nos dice Lucas que *se reunió una gran muchedumbre de los que venían a Él de cada ciudad.*

Es casi la última vez que la gente de Galilea va a buscar la palabra del *Rabbí* de Nazaret. Durante largos meses Jesús ha predicado incansablemente el Reino de Dios. Le han escuchado multitudes. Ahora, a punto de alejarse definitivamente, Jesús hace balance de su jornada en esa tierra que tanto ama y en la que ha pasado casi toda su vida –gloria sin igual de Galilea–; y lo hace con una parábola admirable:

 # Salió un sembrador a sembrar su simiente. Y al sembrar, una parte cayó a lo largo del camino, fue pisada, y las aves del cielo se la comieron; otra cayó sobre piedra, y después de brotar se secó, por no tener humedad; otra cayó en medio de abrojos, y creciendo con ella los abrojos la ahogaron; y otra cayó en tierra buena, y creciendo dio fruto centuplicado.

Es como si Jesús estuviera hablando consigo mismo y recordando su vida de predicador. ¿Qué han sido estos años? Ha sembrado a voleo, a manos llenas. La semilla ha caído en tierras diversas. Mucha se ha perdido. Pero una parte ha encontrado tierra buena y dará fruto abundante. Eso es lo que importa.

Ése es el mensaje, la punta de la parábola. Eso es lo que Jesús quiere que se grabe en el corazón de sus discípulos. Siempre hay grano que llega a sazón. La palabra de Dios encuentra siempre corazones nobles, bien dispuestos, en los que dar fruto abundante. Ésa será la historia de la Iglesia. La parábola del sembrador es una palabra de ánimo que Jesús dirige a sus discípulos. Es una palabra de esperanza. ¿Que mucho se pierde? Quizá, aunque esas cosas entre Dios y cada hombre escapan a nuestro conocimiento. l.o

seguro es que una parte de lo sembrado encuentra siempre buena tierra. Así va creciendo el reino de Dios. Jesús nos dice que lo mismo que le ha pasado a Él nos pasará a nosotros; tranquilos y a la tarea.

Porque, ¿qué le ha pasado a Jesús? El evangelista Lucas nos dice que, cuando predicó esta parábola, Jesús tenía ante Él *una gran muchedumbre de los que venían a Él de cada ciudad.* ¿Qué pasará pocas semanas después en Jerusalén? Jesús tendrá delante otra gran muchedumbre, pero esta vez no para escuchar su palabra sino para gritar*:*

Toda la muchedumbre se puso a gritar a una: ¡Fuera ése, suéltanos a Barrabás! Éste había sido encarcelado por un motín que hubo en la ciudad y por asesinato. Pilato les habló de nuevo, intentando librar a Jesús, pero ellos seguían gritando: ¡Crucifícale, crucifícale! Por tercera vez les dijo: Pero ¿qué mal ha hecho Éste? No encuentro en Él ningún delito que merezca la muerte; así que le castigaré y le soltaré. Pero ellos insistían pidiendo a grandes voces que fuera crucificado y sus gritos eran cada vez más fuertes.

Pocas horas después, en el Calvario, Jesús estará casi solo. Aunque las mujeres de Galilea estarán con Él. No le fallaron. ¡Qué grandes son estas mujeres! Habían escuchado a Jesús muchas veces mientras le acompañaban por Galilea, sirviéndole con sus bienes; le habían escuchado en el largo camino hasta Jerusalén; ahora, en el Calvario, van a escuchar la palabra del Señor que da verdad y valor a todas sus otras palabras: la palabra de la Cruz.

Lucas concluye escribiendo: *Dicho esto, exclamó: El que tenga oídos para oír, que oiga.*

A la luz de lo anterior es como un grito de angustia que el Señor nos dirige a cada uno. Jesús nos está diciendo: por favor, no seas frívolo, escucha lo que te estoy diciendo, cae en la cuenta de lo que está en juego. Si abres tu corazón a mi palabra tu vida será fecunda, dará mucho fruto, el ciento por uno. Pero si endureces el corazón acabarás formando parte de la muchedumbre que grita

enfurecida: “crucifícalo, crucifícalo”.

En último extremo solo hay dos tipos de terreno: el que se abre a la palabra de Jesús, la guarda en el corazón y la vive, y el que se cierra a la palabra de Dios y permanece estéril. De cada uno depende qué terreno queremos ser.